

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

JOSÉ INGENIEROS

LA INTIMIDAD SENTIMENTAL

- I. LA INTIMIDAD SENTIMENTAL
- II. LOS AMANTES SUBLIMES ❁
- III. LA ENFERMEDAD DE AMAR ❁

BUENOS AIRES

1917

JOSÉ INGENIEROS

LA INTIMIDAD SENTIMENTAL

- I. LA INTIMIDAD SENTIMENTAL
- II. LOS AMANTES SUBLIMES ❦
- III. LA ENFERMEDAD DE AMAR ❦

EDICIONES MÍNIMAS
BUENOS AIRES
1917

Venciendo ciertos escrúpulos, legítimos en un hombre de ciencia, hemos conseguido autorización para reunir en este cuaderno tres "crónicas sentimentales" escritas en 1905 para La Nación, merecedoras de ser releídas por su juvenil inspiración y por su estilo primoroso.

"No deseo resucitar páginas de una juventud que supe vivir completamente, pero que sería absurdo pretender seguir viviendo. Mientras me preparo una madurez que sólo turbe el vicio del estudio, creo ilógico reaparecer con romanticismos que fueron excelentes en su hora, pero ya impropios de quien empieza a tener alguna cana".

A pesar de esta excusa del autor, insistimos. Fruto de nuestra insistencia es la publicación de estas páginas que muestran en su fase juvenil una mentalidad que actualmente no se aparta de las ciencias y busca en ellas algún fragmento de la filosofía del porvenir.

Los lectores dirán si puede arrepentirse de haber sido joven, quien supo serlo con tanta emoción.

LA INTIMIDAD SENTIMENTAL

I. — EL "CASO" DE FRANCESCA DA RIMINI

¿Era posible que esa afectuosa amistad no terminara en un amor apasionado? ¿Había sucedido lo inevitable, naturalmente, sin sombra de culpa? Estas preguntas, sobre el "caso" de Francesca da Rimini, daban tela a nuestra conversación cuando el rumor de los aplausos cubrió el final de la tragedia, más artística — por ser de Gabriel d'Annunzio — y, acaso por ello mismo, no tan apasionada como la ya clásica de Silvio Pellico.

La Historia es conocida. Refieren los cronistas que la hija del señor de Ravenna, dada en matrimonio a un triste hijo de Malatesta, señor de Rimini, crecía destinada a su hermano Pablo. Tanto era éste apolítico y gentil, cuanta fué grande su congoja al sentirse en brazos de "el otro", torpe y deforme.

El tiempo reparó el agravio inferido a la naturaleza: una fervorosa intimidad espiritual floreció entre los cuñados. Francesca vertía en sus decires un candoroso encantamiento, hablando un lenguaje cuya elocuencia no sospechaba; Pablo sorbía el dulce filtro de sus palabras, sin acertar nunca una atinada respuesta. Un día sus manos se encontraron sin buscarse; otra vez, quedaron largo rato silenciosos. Cuando más temían mirarse, sus pupilas se cruzaban más. El roce de un terciopelo o de una seda hacía palidecer a Pablo, helándole las sienes; y si osaba excusarse, al melancóli-

co timbre de su voz hinchábase el cuello venusino de Francesca. Sin quererlo, sin saberlo, esquivando todo motivo que pudiera complicar de amor su amistad, encendiéndose en ellos la pasión irresistible, como término fatal de aquella larga escena muda. Después... la tragedia. Sorprendió "el otro" su amoroso deliquio y por su mano pagaron con sus vidas las horas felices de esa intimidad sentimental.

Así, del escenario en que reviviera en música de palabras, la imagen de Francesca siguió acompañando nuestra conversación hasta las piedras del Foro, enlucidas por la palidez de un menguante primaveral.

Cortamos el animado comentario. Una de las chicue-las, la más fina según creo adivinar, pasó la noche sin unir los párpados. La mañana siguiente, en un ramo de rosas té, me sorprendió su esquila trazada con mano un poco temblorosa: "¿Cree usted posible una amistad intelectual, entre hombre y mujer, una intimidad platónica, sin que el amor reclame sus derechos?"

En verdad, siendo joven, como era, la interlocutora, hubiérame sido más grato escuchar su opinión que expresar la mía: en estos problemas de psicología práctica — y del amor, en todos — más sospechan las mujeres que saben los hombres. El tema, en sí árduo y complejo, ha inquietado ya a muchos escritores y poco puede opinarse: menos todavía si la experiencia personal es reducida, pues que a los temperamentos dionisiacos están vedadas las inquietudes del platonismo, de suyo siempre peligrosas: detrás de cada quejumbroso Werther suele enloquecer Tristán y en una tierna Carlota puede vibrar la atormentada Isolda.

No fuera cortés, sin embargo, dejar sin respuesta la misiva. Diré, pues, lo poco que he observado en los demás, bordando alguna inferencia psicológica sobre ese alambicado teorema del corazón humano. ¿Pueden interesar a alguna mujer las opiniones de un hombre que no esquiva darlas sobre sutilezas comprometedoras?

II. — LA AMISTAD

No se puede comprender la "intimidad sentimental" (la "amitié amoureuse", que llaman los franceses), sin antes distinguirla, brevemente, de la amistad y del amor en sus formas puras. Cierto es que las

premisas minuciosas suelen ser aburridas, especialmente en materia de amor; mas son, en casos como este, necesarias.

La amistad es un sentimiento que arraiga en un instinto social, propio de todas las especies animales capaces de vivir en grupos o sociedades: surge como producto natural de la asociación en la lucha por la vida.

En sus formas bien evolucionadas manifiéstase como una simpatía activa: nace de la afinidad entre los caracteres y es consolidada por el hábito. Es una mutua resonancia de gustos o de inclinaciones, una armonía de sonidos morales: nada se le parece menos que la complicidad de intereses o apetitos.

En la infancia, mientras la vida es una simple actividad de juego, traduce afinidades que presuponen cierta "homogeneidad de tendencias motrices" estimulada por la imitación. En la adolescencia, desde que la gana emotiva da colorido a la personalidad naciente, se establece por analogías conscientes de las disposiciones sentimentales, acentuadas en la pubertad, provocando una "homogeneidad de estados afectivos". En el adulto, cuando se ensanchan nuestros horizontes ideológicos o prácticos, arraiga la simpatía en más firmes estimaciones morales, y toda concordancia de sentimientos tiende a cimentarse sobre una inequívoca "homogeneidad de aspiraciones y de tendencias".

En esa amistad, arquetípicamente concebida, el cerebro y el corazón participan por igual, implicando una reciprocidad de afecto sostenida por la tolerancia. Así comprendida, ella no converge hacia el amor. Puede existir entre personas del mismo o de distinto sexo, es un exponente psicológico del instinto de asociación y su fórmula sentimental es el cariño. Puede complicarse, ser vehemente hasta la pasión, devota hasta el sacrificio. Suele mezclarse de ternura; de amor, nunca.

Esa homogeneidad de tendencias que vincula a los amigos, es independiente de su sexo; surge de afinidades que se perciben y compenetran sin intervención de elementos pasionales. La elección crea preferencias, sin imponer exclusiones: la amistad no es aisladora sino asociativa, se educa, se desarrolla, acrecienta las aptitudes por el uso mismo, hace más fácil la estima o la admiración.

Para no desvirtuarse entre personas de sexo dis-

tinto, debe conservarse ajena a toda complicidad de los sentidos: la vista y el tacto son sus más grandes enemigos. Con la mirada puede insinuarse una palabra que se teme pronunciar; en la mano que se da puede ir envuelta una caricia. Hay tonos de voz que despiertan al Eros dormido; perfumes hay que turban la serenidad más inocente. El riesgo corre parejo con el despertar del instinto o la complicación del deseo, ya subrepticio o íntimo, ya sobreentendido o manifiesto. En caso contrario los amigos descubren algún día, inesperadamente, que el amor ha conspirado contra la amistad.

III. — EL AMOR

Fúndase también el amor sobre una tendencia o instinto. Pero ya no es la asociación que empuja a los seres sociales a anastomosar su acción, sus sentimientos y sus ideas. Aquí el instinto es de otro orden; es una necesidad compleja de todo el organismo, concebida por los fisiólogos como una variante de las mismas funciones nutritivas, subordinada a modificaciones orgánicas definidas. Es un estado de actividad especial que influye sobre todo nuestro sér, reflejándose en los centros nerviosos más evolucionados y despertando en ellos sentimientos hasta entonces desconocidos. Así, sobre la base de tendencias heredadas, la "capacidad de amar" nace cuando la personalidad humana entra a la plenitud de su desarrollo orgánico y de su integridad funcional. Es un amanecer en cuyos arreboles se perfila un panorama de tendencias que dormitaban en el misterio.

El amor propiamente dicho, como sentimiento, es una formación psicológica individual sobre la base de las tendencias instintivas. Sus grados y aspectos son variables en todas las personas; tibio en éste, en aquél vehemente; en uno corre en lágrimas, en otros asoma en sonrisas: ora a flor de piel, ora incisivo y hondo, dentro de la unidad del género, cada amor tiene una individualidad inconfundible. No hay amor, sino amantes; y en cada uno de éstos, los amores que pueden sucederse son distintos.

Aparece inesperadamente. Suele revelarse por una in-

quietud vaga, perturbadora, cuya causa no se adivina y cuya finalidad no se presiente. Provoca estados afectivos indecisos, turbaciones indefinidas, un malestar fecundo en intranquilidades y emociones. Domina toda la psicología de los jóvenes, poniendo cierta melancolía en los espíritus propicios al ensueño: la juventud que viene parece entristecerse por la niñez que se va. Se pierde la noción de lo real, germinan romanticismos, se busca la soledad y la penumbra, las noches se alargan por la imaginación exaltada e insomne, ocurren imprevistas oscilaciones del humor, del gusto y del carácter. Esos síntomas, que todo hombre o mujer normal recuerda haber sentido, limitanse a anunciar la representación psicológica de una función nueva, la "necesidad de amar", cuyo objeto esencial es la conservación de la especie.

En su hora oportuna esos movimientos orgánicos y sensaciones internas repercuten sobre la conciencia, traduciéndose por una emotividad especial en presencia de los individuos del sexo opuesto. Nace incomprendible y veleidosa, mezcla de enigma y de quimera, sin más razón aparente que su propia sinrazón; después se organiza, define sus contornos, impone actitudes y orienta la conducta. En el hombre llega a precisarse como deseo de conquista y en la mujer como pudor defensivo. Voluntaria o involuntariamente, el organismo dispone sus elementos para la elección afectiva que encauzará sus nuevas funciones: fórmase un ideal en cada sujeto, tendiendo a sintetizar inconscientemente en él las cualidades complementarias más aptas para la procreación de seres biológicamente superiores.

En el curso de la vida de cada uno el amor asume aspectos tan innumerables como sus objetos y como las veces que él se repite en la experiencia individual. No se ama dos veces de la misma manera, aunque siempre se obedece a la misma voz de la naturaleza.

La capacidad de amar crece progresivamente en la especie humana, encaminando las tendencias hacia su más favorable efectucción. Cuando los sentimientos han cumplido su función electiva, la tendencia o instinto ha encontrado las condiciones propicias para realizarse y asume caracteres volitivos, de acción, convirtiéndose transitoriamente en pasión, que es la fase activa

de la vida sentimental y compele a la realización de la tendencia.

Como todo sentimiento, el amor es un producto de la experiencia individual, desenvuelto sobre una tendencia formada en la experiencia de la especie. En este sentido puede afirmarse que la educación sentimental sigue el surco que le traza la herencia.

IV. — LA INTIMIDAD SENTIMENTAL

¿Es amor? ¿Es amistad? ¿En qué se le parece y en qué difiere de ellos? Alguna respuesta ensayó La Bruyère, profundo psicólogo empírico que conoció el alma humana mucho antes de inventarse la psicología experimental.

Decía: "La amistad puede existir entre personas de sexo diferente, aun exentas de toda apatición de los sentidos". Pero, agregaba, con perspicacia: "Una mujer, sin embargo, mira siempre al hombre como hombre y éste mira siempre a la mujer como mujer. Su intimidad no es pasión ni amistad pura, constituye un género aparte". Tan dúctil como se quiera, este género no es amor: el mismo La Bruyère lo dice: "la amistad y el amor se excluyen". No son de igual parecer, sin embargo, los numerosos moralistas y literatos que en todo tiempo se han confabulado para enmarañar ambas cosas, obstando en grado sumo a su diferenciación. Si Séneca nos enseñó que el "amor es la locura de la amistad", Byron nos dijo que "la amistad es un amor sin alas". Todo, en suma, parecería legitimar cierta interferencia de dos sentimientos nacidos sobre instintos independientes, tal como la narran en páginas conmovedoras numerosos novelistas contemporáneos.

No diremos, por eso, que se trata de un hecho trivial. Sólo un pequeño número de hombres necesita de esa "intimidad femenina" y puede buscar en la mujer un refinamiento sentimental o una sutileza de espíritu que poco apetecen los seres vulgares. Son más contadas todavía las mujeres que sienten la necesidad de una "intimidad masculina", complicando un platónico cariño con suaves satisfacciones intelectuales. En esos raros casos el sentimiento aletea levemente,

como si fuera un amor en semitonos; la diferencia de sexos le presta singular encanto, lo anima con el soplo de suaves ternuras y de comprensiones extrañas, favoreciendo la eclosión de gérmenes sentimentales que la amistad corriente desconoce y amortigua.

Esos elementos intelectuales son de eficacia inequívoca en la organización de la "intimidad sentimental". Los hombres y las mujeres de vulgar espíritu se contentan con pedir a los sentimientos y a los sentidos la materia prima con que plasman su amor; cuando es mayor nuestra cultura, cuando se utiliza más nuestra imaginación, exigimos a la inteligencia una contribución tan valiosa como la bondad y pedimos a la gracia tanto o más que a la belleza.

El problema puede plantearse, ya, en términos exactos: ¿esa "intimidad sentimental" entre hombre y mujer puede permanecer ajena al amor? Cualquiera respuesta absoluta sería inexacta: desde que existen hombres y mujeres diferentes, infinitamente desiguales, cabe suponer que podrían plantearse innumerables soluciones. Si, por abstracción, hablamos del amor, no debemos olvidar que sólo existen amores.

V. — EL AMOR FEMENINO

Siendo la amistad y el amor dos sentimientos heterogéneos, nacidos de fuentes inconfundibles, el uno arraigado en un instinto social y el otro en un instinto biológico, diríase que la "intimidad sentimental" es un género intérlope en la afectividad humana, un injerto que no puede prender en el tronco de nuestras tendencias naturales. A primera vista sólo parecería posible entre hombre y mujer el amor puro, con su cortejo de pasiones y deseos, o la amistad pura, como entre dos hombres o dos mujeres. En caso de coexistir: ¿Correrían juntos sin mezclarse, como esas aguas que conservan su temperatura o su rapidez distinta no obstante andar mucho camino por el mismo cauce? No es sencilla la solución, desde que los sentimientos y las pasiones suelen manifestarse variamente en cada sujeto.

Entre las mujeres — preferible será hablar de ellas, puesto que mi interlocutora lo es — cuando la "necesidad de amar" no ha sido violentada por sugerencias

educativas o imposiciones sociales, distingúense fácilmente dos grupos.

Algunas aman tierna y sensiblemente, viviendo su amor como una necesidad del espíritu; otras aman sensual y apasionadamente, desencadenando su vitalidad magnífica y tumultuosa. En aquéllas es sentimiento; en éstas emoción. Las tiernas buscan con romántico embeleso el "alma compañera", la armonía de ternura y de ensueño, que les permite aceptar la fusión efectiva con el ser elegido; las pasionales, en cambio, se abandonan al torbellino emocional en que se agitan sus fidiosincrasias personales.

Unas y otras son amantes de buena ley, gobernadas en última instancia por un mismo instinto irresistible. Sólo difieren en la "manera" de tratar el tema fundamental, según sus temperamentos; es la misma sonata con técnica diferente; allí hay más violines y aquí más bronces; allá el tono es mayor, aquí menor. Pero, en suma, ambas llegan por distintas vías al completo homenaje de sí mismas. Irían hacia la total transfusión que sintetiza la felicidad plena si no concurrieran muchas circunstancias que contrarían la vocación y sacrifican la afinidad moral a conveniencias circunstanciales. Tiernas o apasionadas, sencillas o tempestuosas, se acercan a la inextinguible llama y queman allí sus alas en holocausto al instinto que es fuente y razón de la vida misma.

VI. — EL MISTICISMO SENTIMENTAL

En otras actividades, puramente imaginativas, conviene buscar las fuentes del "amor platónico". Sus fieles servidores existen, fronterizos casi siempre de la enfermedad: los médicos psicólogos tenemos frecuente ocasión de observarlos. Sombras sin cuerpo, viven costeano la realidad sin conocerla, como viajeros extraviados en oscuras noches, que se inquietan en largos rodeos sin sospechar que están a dos pasos del camino.

El trabajo de abstracción constante destiñe en ciertas mujeres la imagen real del amor hasta convertirla en un puro concepto, frío, agónico, desprovisto del matiz emocional que lo vivifica, hasta perderlas en el platonismo y hacerles renunciar a las más preciosas

aspiraciones de mujer y de madre. Suelen ser naturalidades delicadas y contemplativas, de aguda inteligencia y sensibilidad extrema; su tendencia a la acción está trabada por un intenso análisis psicológico, más propicio a la rumiación abstracta que a la percepción de la realidad viviente. Sólo conciben una forma incorpórea del amor, eco sin voz, vuelo sin alas, ignorando la natural complicidad de los sentidos en las efusiones del sentimiento.

Exageran los moralistas de ocasión pretendiendo culpar de ese misticismo a nuestro siglo; los místicos del amor son enfermos y fueron conocidos en todas las edades. En las mujeres que sufren de esta incompletud moral, hay un desequilibrio entre las dos series que se suman en el amor completo: la serie instintiva, emotiva-pasional, y la serie intelectual, imaginativa-racional. Su misticismo tiene como base una inhibición de la primera por la segunda, hasta producir un atajo o una desviación de la "necesidad de amar". No es un refinamiento, sino una incapacidad.

Bienvenidos sean los romanticismos que vierten una gota de ideal en la copa que la realidad acerca a nuestros labios; pero no olvidemos que el ideal, si es falso, paraliza la acción y esteriliza la vida. Creamos poco en los extemporáneos trovadores de tez pálida y rubias guedejas que no encuentran eco a sus canciones: Quijotes de inverosímiles dulcíneas, tributarios de la tristeza, súbditos de la melancolía. Y menos todavía debemos creer en las doncellas de caderas estrechas y azuladas ojeras, que viven reclinadas en actitudes soñadoras, esperando que llegue en el cisne simbólico su fantástico Lohengrin. Ese no es el delicioso romanticismo de las amantes tiernas; es un estado enfermizo del ser físico y moral. Estos seres incompletos son, con frecuencia, simples histéricos o neurasténicos, víctimas de su propio desequilibrio.

Por eso la higiene del sentimiento es contraria a la inestabilidad afectiva que se entrena en el flirt, pues predispone al platonismo: cuando el amor pierde el contrapeso del instinto cae fácilmente en estas verdaderas desviaciones de la vida sentimental. Los amantes platónicos son tan absurdos como los suicidas.

VII. — ¿UN PUENTE HACIA EL AMOR?

Es frecuente confundir ese enfermizo misticismo amoroso con la "intimidad sentimental" que nos ocupa; en ello incurren los que se atreven a clasificar la "amitié amoureuse" como una parodia de la amistad y una caricatura del amor.

Debe interpretarse de otra manera.

Afirman muchos psicólogos modernos que perdemos en sensibilidad afectiva lo que ganamos en elevación intelectual; paréceme una afirmación antojadiza. Los hombres de mayor cultura suelen ser los más aptos para una vida afectiva intensa y complicada en todo orden: son mejores hijos, más leales amigos, más firmes amantes, padres más tiernos. Proviene el error de confundir esa noble sensibilidad con las pasiones ciegas e impulsivas que son — como todas las impulsividades — patrimonio exclusivo de los espíritus inferiores.

Muchas manifestaciones de la vida afectiva sólo pueden florecer en una mentalidad elevada. Los sentimientos intelectuales, estéticos y morales son el privilegio de una selecta minoría, en cuya vida influyen de manera decisiva.

En esos sentimientos superiores reside el núcleo de toda posible "intimidad sentimental", una de cuyas características suele ser la admiración recíproca. Es más, sin duda, que la amistad pura, pues el cariño se complica con sentimientos de más honda raigambre; pero es menos que el amor, pues le faltan el deseo y la pasión, capaces de suscitar en la brasa tranquila una violenta agitación de llama.

Así comprendida, la "intimidad sentimental" puede existir entre personas de sexo distinto. Pero, no lo olvidemos, es, siempre, un estado sentimental provisorio, un puente hacia el amor completo, pasional, sin restricciones que apaguen el legítimo clamor de la naturaleza.

Por eso las intimidades sentimentales entre hombre y mujer suelen rematar en el amor, burlando las más castas intenciones y quebrantando la ilusión quimérica de mantener indefinidamente el platonismo de la primera hora. Podría decirse, a lo sumo, que la

“intimidad sentimental” es la forma de galantería o de festejo más propia de las personas intelectuales; nada más. Y concluye, como todos los festejos, en el amor o en la decepción.

Si con todo ésto mi amable interlocutora no estuviese convencida del peligro en que se encuentra, aconsejole que relea cierto canto sublime de la “Divina Comedia”, donde Francesca da Rimini refiere a Dante cómo terminó su intimidad sentimental con Pablo Malatesta. “Noi leggevamo un giorno per diletto — di Lancillotto, come amor lo strinse”; leían como dos amigos íntimos, sin que turbara sus espíritus la más leve intención de amor. “soli eravamo e senz’alcun sospetto”, según ella misma refiere. Pero la sabia naturaleza conspiraba en ellos, acechando las presas jóvenes y hermosas, hasta que en su amistad se atravesó una leve ocasión; y cuando leyeron “il disiato riso esser baciato da cotanto amante”, sintieron que una fuerza irresistible se sobreponía a la casta intención amistosa, y Pablo “che mai da me non fia diviso — la bocca mi bació”, con plena emoción de amor, “tutto tremante”...

La intimidad sentimental es una pendiente que conduce al amor. Pronto o tarde llega el día en que las amigas intelectuales cierran el libro y caen en los brazos que las esperan, exclamando como Francesca “Quel giorno piú non vi leggemmo avante”.

Roma, 1905.

LOS AMANTES SUBLIMES

Verona podría ser la Meca del amor apasionado y hondo, del amor que no se licúa en el crisol de cada nueva primavera, del amor que resiste al corrosivo de las vulgares desventuras, del amor que se proyecta en el tiempo como la sombra de un árbol en la pradera: más grande cuanto más lejano.

Toda colina parece allí un Himeto. El Adigio corre sereno; el agro de Verona semeja, junto a él, una helénica landa lamida por el Iliso o el Cefiso. El murmullo del río suena a melopeya; en el traspíe que da sobre cada breña despierta una leve murmuración amorosa: voces traídas desde antiguas fuentes que rompen la piedra allá lejos, entre verdores lozanos. Y en las voces diríase que dialogan invisibles ninfas y centauros, ebrios de pasión, ocultos en el misterio de boscajes estremecidos por su amor.

En cada ciudad nuestra imaginación presiente un espíritu y un paisaje conformes a nuestros recuerdos: una virtud o un vicio, un amor o un odio, todo lo que está en su tradición o en su leyenda, aleteando en el marco obligado de cierto panorama convencional. Al acercarnos a Verona creemos divisar mansiones medievales, y en cada una el balcón de hierro laboriosamente batido, y en cada hierro macetas con lánguidos jazmines, y pendiente la fina escala de seda, y en cada escala un Romeo pálido de emoción, y en lo alto, ojerosa de amor, tendidos los brazos hacia el amante, una Julieta ideal. No concibe nuestra imaginación otra Verona.

La encontramos silenciosa, apoyada sobre el Adigio, y diríamos que es una joven nostálgica que mira el in-

finito desde una balaustrada proficua de recuerdos. Porque Verona es así, como las niñas aristocráticas que al caer en mala fortuna conservan la finura del perfil, la distinción del gesto, la exquisitez de su buen gusto. Es una violeta sentimental, un tanto ajada; es el precioso manuscrito de una novela trunca; o un refugio de princesas destronadas que aun sonríen a sus admiradores fieles. Pero ante todo, y sobre todo, Verona es un relicario, venusino, de dos gemas únicas: los corazones de Romeo y de Julieta.

La ciudad luce otras reminiscencias. Allí dominó Teodorico el Grande y fué pódestá Martín Escaligero. Fué más célebre uno de sus descendientes y sólo por haber acogido a Dante, proscrito de Florencia. El poeta vive todavía en el mármol, en la "Plaza de los Señores"; al irse el día se levanta como una gran sombra pensativa, vagando en el crepúsculo, y parece que mil ideas están revoloteando sobre su frente como guirnalda de aguiluchos sin nido.

El viajero medita en silencio frente al mármol del poeta y pasa. La historia de la ciudad es la tradición de sus amantes: despiertan o resucitan. Allí, romanticismos dormidos pero inextinguibles.

Existieron las familias hostiles. Capeletes y Montecos; Dante nos lo repite en su "Purgatorio". Es verosímil que sus hijos se amaran. La novela del conde Luis de Porto es creíble en casi todas sus partes; Matteo Bandello la incluye en su interesante colección y de allí la tomó Boisteau para su arreglo francés. La leyenda tiene en su favor el valioso testimonio histórico de Gerónimo della Corte.

La imaginación de innumerables artistas ha eternizado, más tarde, el trágico episodio de los amantes sublimes. Shakespeare, que dió sangre y alma italianas a tantos de sus personajes, resolvió inmortalizarlo en un drama admirable.

El viajero que llega a Verona busca los testimonios materiales de tanta remembranza: la casa y la tumba de Julieta.

La imaginación trabaja. En los callejones podrían querrellarse todavía los valientes de ambas progenies; al anoecer parece que vagan rondas de enmascarados y que Tebaldo va a clavar su acero, otra vez, en el pecho de Marcucio. Allí resquebraja su vetustez el

convento de franciscanos en el "Vicolo San Francesco al Corso". En una capilla lamentable hay cierta labi-tación que es indigna parodia de una cripta y en ella un mal sarcófago medioeval: eso es la tumba.

Choca el holocausto de tontería volcado por escuálidas solteronas inglesas: coronas, tarjetas, versos. A lo sumo deberían admitirse sobre el sarcófago guirnaldas de jazmines y como visitadoras mujeres con tiernas caras de Botticelli, con bustos ceñidos por blancas túnicas; y en el ambiente plegarias armoniosas, amorosas, deliciosas. Tal sería el marco evocador, para revivir el poema con dulce melancolía. ¿Sacerdotisas para ese rito? Habría que recurrir a las tres gracias — tres, como un trébol de amorosa carne. — ¿Cuál de ellas, Aglaia, Eufrosinia, Talía, negara el homenaje de su Belleza y de su Silencio para convertirse en vestal de este fuego sagrado del Amor?

Fuimos a resarcirnos de esa decepción en la "Via C'appello", donde se conserva la casa habitada por Julieta, la casa de los Capeletes. La fantasía suple las deficiencias reales del edificio. Bajo uno de esos balcones Romeo cantó y languideció de amor; de esos hierros dichosos pendió por cien noches consecutivas la escala por donde trepó su pié ágil; allí mismo el plenilunio de una medianoche estival envolvió en el tierno abrazo de su palidez tranquila el primer beso de las bocas jadeantes, cómplice mudo.

Cuando pisamos el umbral de la casa, una amable noticia la hermoseó: el concejo municipal acaba de comprarla, convirtiéndola en paraje de peregrinación universal. La compra, delicada y artística, lo honra en extremo; no se acostumbran ya tales gestos. Verona es, empero, ciudad italiana; en esta dulce península de Laura y de Beatriz aun no se ha apagado el culto del amor, del arte y de la belleza. Obró cuerdamente el municipio al no discutir la autencidad total de la tragedia galante. Romeo y Julieta existen ahora, aunque nunca hubiesen vivido; existen como símbolo perenne del amor incontrastable, del amor que pasa sobre todos los obstáculos, del amor que desafía la vida y la muerte. Tal como nos dice el Alighiero:

Amor, che a cor gentil ratto s'apprende...

Amor, che a nullo amato amar perdona...

Amor condusse noi ad una morte...

Cuando sobre Verona anocheció, sentimos un deseo irresistible de evocar la historia. Muchos la conocen a través del drama shakesperiano: Es más ingenua en la primitiva novela del conde Da Porto, dedicada por éste a Lucinia Savorgnana, nobilísima señora. Cada cual puede contarla a su manera y nosotros a la nuestra, prefiriendo no torcernos de la tradición inicial.

En tiempo de Bartolomé della Scala, una tregua amenguó el odio que acibaraba los corazones de Montescos y Capeletes. Messer Antonio, de estos últimos, celebró rumbosas fiestas. Siguiendo a una hermosa que le afligía con sus desdenes concurrió a ellas un joven de los Montescos, Romeo, apuesto garzón, de elegancia perfecta. La única hija de los Capeletes prendóse de su belleza y su tristura, viéndole mustio por las crueldades de una pasión incierta. Cuando cruzaron sus miradas, Julieta le pertenecía. El azar de un baile figurado los reunió. Daba ella su otra mano a un joven que tenía las propias siempre heladas, en julio como en enero. Entonces oyó el montesco una dulce voz: ¡bendita sea vuestra presencia, Romeo!

Y el joven, maravillado al oirla: ¡Por qué podríais bendecir mi llegada?

Y ella: — ¡Sí! Bendita vuestra presencia a mi lado, pues así mantendréis en dulce calor mi mano izquierda mientras se hiela mi derecha.

Y él, osando más: ¡Si con la mía caliento vuestra mano, con vuestros bellos ojos vos me quemáis el alma!

Y ella, con una sonrisa, temiendo llamar la atención por tan largo diálogo: — Os juro que ningún rostro me parece aquí tan expresivo como el vuestro.

Y él, conquistado: No obstante ser de los montescos, cual soy, seré, si os place, eternamente servidor de vuestra belleza.

En estas palabras puso la más íntima vehemencia, como quien rubrica una profesión de fe definitiva. Amar a la mujer es servirla, someterse a sus más instables anhelos, esclavizarse a su intención. Las mujeres dignas de ser amadas merecen del hombre el holocausto absoluto de su rendición incondicional, porque amar es servir un rito cuyo ídolo es la persona amada. Las hetairas que se entregan sin conquista no son nunca amadas, porque no inspiran respetuosa devoción. Los hombres amamos para dar felicidad, más que para

recibiría; el que sabe amar sólo necesita la dicha interior de complacer a la amada. La juventud, la belleza, la gracia y el talento, sumados en un cuerpo lozano, esperan y necesitan el homenaje de servidores fieles: la beatitud de amar es por sí sola un bálsamo a todos los dolores, una compensación a todas las inquietudes, un acicate a todas las energías, una sonrisa a todas las esperanzas.

El odio tradicional de las familias, como el espíritu del mal en las tragedias griegas, se atravesaba obstinadamente entre los corazones. La hija de los Capuletes, gustando pensar en la buena antes que en la mala ventura, supuso que podría consentirse el enlace para sellar la paz con los Montescos.

Romeo pasaba innumerables noches al pie de su balcón, atisbando el más leve suspiro, durmiendo muchas veces sobre los fríos mármoles de la calle solitaria. Enternecida Erato por la constancia del amante, dejó a sus ocho hermanas y vino en su ayuda, aconsejando a Julieta. Esta abrió una noche su ventana y le divisó.

—¿Qué hacéis, corazón tierno?

—Obedezco a mi amor.

—¿Y si os vieran? Corréis peligro...

—Sí, virgencita rubia. Yo podría morir aquí; y moriría, seguramente, alguna noche, si antes que la muerte no viniese en mi ayuda vuestro amor. En cualquiera otra parte estoy tan cerca de la muerte como aquí. ¡Dejadme al menos expirar en este sitio, cerca de vuestra persona, como sería mi dicha vivir, si al cielo y a vos pluguiera!

Un minuto después la luna envolvía sus cuerpos y se insinuaba tenuamente en ellos, como una etérea solución de perlas finas. Sólo el antiguo odio familiar cernía una sombra en torno de ambos; su amor sentía ese halo triste, como el misterio de una fatalidad inexplicable. Y las estrellas, en su titilación silenciosa, parecían lágrimas adamantinas del llanto infinito con que la noche comprendía su angustia: cada estrella una gota.

Se dieron el primer beso de amor. Quien lo haya dado sabe que la primera vez tiembla tímidamente sobre los labios, como el amanecer primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que ama-

nece entre los cuatro labios temblorosos — prolongado, insistente, interminable — tiene sabor a miel himeta y descende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania a Isolda y a Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano?

Sobre el balcón y bajo la luna se estrecharon muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios recíprocos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas.

Llegó el invierno crudo; Romeo la conmovió con el espectáculo de su juventud ajada por tantas noches de intemperie. ¿Por qué no le recibía en su alcoba? Indignóse Julieta y amonestó la audacia; lo hizo con blandura, sin convicción, adelantando salvedades nupciales, pues era entonces costumbre tender la dulce red, lo mismo que ahora. Romeo no ansiaba otra cosa. Pocos días después se desposaron ante fray Lorenzo, filósofo y experimentador de cosas mágicas, a quien los votos religiosos no impedían zurcir amores en la penumbra del convento. Fueron esposos en secreto y paladearon a hurtadillas las delicias del amor, esperando que el tiempo sugiriese un medio de enternecer al viejo Capetele.

¿Hubo envidiosos de su excesiva felicidad?; la envidia es el veneno con que los miserables emponzoñan la copa de los dichosos. De pronto, sin causa explícita, renacieron las querellas. Capetes y Montescos se atacaron un día, en pleno Corso. Romeo no daba golpe, recordando que los adversarios tenían sangre de su amada. Al fin, cuando muchos de los suyos habían caído ya, corrió sobre Tebaldo, el más procaz, y de un solo golpe le dió muerte. La justicia le desterró de Verona a perpetuidad. Antes de irse, gracias a fray Lorenzo, los amantes tuvieron su última entrevista, separándose de cuerpo, ya que de espíritu era imposible.

Empezó entonces, para ellos, el tormento secreto de la inquietud sentimental. La distancia agiganta las pasiones intensas, borrando en la memoria los lunares y los defectos para poner de relieve las cualidades y las virtudes. El que de cerca ama, de lejos idolatra; el que puede olvidar no ha amado nunca. Así como la fortuna adversa es el reactivo de la amistad verdadera, la ausencia es el árbitro más seguro del amor.

Julietta lloraba noche y día. No se equivoca el ingeniero cantar:

Plaisir d'amour ne dure qu'un moment.
Chagrin d'amour dure toute la vie.

Su madre no consiguió arrancarle el secreto de tanta pena; dijo un día a Messer Antonio que tal vez fuese íntimo deseo de casarse.

—Convendría buscarle un marido. Pronto tendrá diez y ocho años; después de esa edad las niñas pierden, más que ganan, en belleza.

El padre asintió. Fueron vanas las protestas de Julieta. Desesperada, pidió confesarse para ver a fray Lorenzo. Recordó al franciscano sus poderes milagrosos; era la ocasión de probarlos, dándole un veneno y resolviendo el grave caso.

Después de mil vacilaciones, cariñosamente, le habló así:

—No te daré veneno, hija amadísima. Sería pecado verte morir tan joven y tan bella. Si tienes el valor de secundarme, yo te conduciré junto a Romeo, para siempre. Escucha. La tumba de tus mayores está fuera de esta Iglesia, en nuestro cementerio. Te daré cierto polvo que aletarga; te crecerán muerta; serás enterrada. Yo iré a buscarte, quedarás oculta en mi celda algún tiempo y después te llevaré a Mantua, donde Romeo te espera.

Ella aceptó. Fray Lorenzo encargóse de comunicar el plan al amante proscrito.

Sorbió Julieta los polvos y durmióse con la apariencia de una muerta. Verona entera compartió la desolación de su familia; el sepelio fué fastuoso.

Un siervo fiel de los amantes, ignorando el secreto, voló a Mantua para llorar con Romeo la desventura. La carta de fray Lorenzo no había llegado aún. Romeo, enloquecido por el dolor, juzgó inútil, imposible sobrevivir. Vistió un disfraz de aldeano y echó en su bolsillo una ampolla de veneno infalible. Si le descubrían, moriría a manos de la justicia; si llegaba a Verona, se encerraría en la misma tumba de su amada y descansarían allí, junto a ella, inseparablemente. Dos noches después de enterrada Julieta llegó a Verona; costeó el monasterio y dió con la sepultura. Levantó la loza.

A la luz de su linterna ciega vió a Julieta en su ataúd, rodeada por sus enemigos, por su propia víctima. ¡Nunca tan bella!

—¡Ojos que fuísteis la clara luz de los míos, mientras plugo al cielo! ¡Boca que he besado mil veces, dulcemente, como la abeja sorbe el polen de los cálices predilectos! Seno delicioso, refugio de mis caricias, estuche único de mi adoración y mi ternura! ¡Cuán ciegos, mudos y helados estáis! ¡Cómo podré vivir sin vosotros!

Y entretanto esparcía sus besos en los ojos, en las mejillas, en la boca, sobre todo el cuerpo venusto de Julieta, ahogada por los sollozos la garganta y ciegas de lágrimas las pupilas. Desechado, sorbió el contenido de la ampolla y abrazando a Julieta contra su seno esperó la muerte.

Cuando cesó la acción del narcótico, ella volvió en sí, encontrándose aprisionada entre dos brazos humanos. Una voz le dijo que era Romeo: parecía salir de un sepulcro. Ella le refirió el plan. El no había recibido la carta de Fray Lorenzo y por eso estaba allí, a su lado. Mientras ella le hablaba, él fué palideciendo y comenzó a morir entre los brazos de su ídolo; la vida manaba lentamente de su cuerpo, como el perfume de un naranjo en flor.

Cuando llegó Fray Lorenzo, la tragedia era irreparable; pidióle ella que la dejase morir sobre Romeo y guardase absoluto secreto.

Después se descubrió lo ocurrido. Abrieron el ataúd y encontraron a los dos amantes unidos en un abrazo eterno. Bartolomé della Scala, impresionado, quiso ver sus despojos. Los padres de ambos vinieron a llorar sobre sus hijos muertos; vencidos por la piedad, olvidaron su odio y se abrazaron. Así terminó la enemistad que no habían podido apagar los ruegos de los amigos, ni las amenazas de los señores, ni las vidas de jóvenes valientes, ni el tiempo mismo.

Más que todo pudo el amor. Incontrastablemente.

Desde entonces, después de la hora en que el véspero luce, las sombras trágicas de los sublimes amantes parecen despertar, inconscientes, eternas, vagar por las calles de Verona y llegarse hasta el balcón, poblado otrora por sus más caros ensueños, reviviendo las ho-

ras felices. Y la casa de Julieta, en las noches de luna, antójase el templo de un culto imaginario; y sale de sus ventanas un perfume extraño, como si fieles esclavas de Bitinia o de Frigia agitaran incensarios de amor; y parece oírse palpitaciones, calofríos, anhelos, como si un enjambre de impolutas vestales se estremeciera por el vigoroso abrazo de faunos robustos. ¿Comprendéis, ahora, cuánta gentileza cabe en la decisión del concejo municipal, asegurando la conservación de esa casa donde todas las noches dos sombras se acribillan a besos?

¿Vulgaridad?

De ninguna manera. Vulgaridad es lo propio del vulgo. El vulgo ya no es la denominación de una clase social; hay vulgo en todas partes, entre el oro y la púrpura lo mismo que entre la escoria. La vulgaridad es deficiencia del corazón, es incapacidad de ideal, es lo inestético, la grosería, la sordidez. La intención ennoblece los actos, los eleva, los idealiza; y es la intención, en otros casos, lo que produce la vulgaridad.

¿Cabe mayor respeto del ideal, más nobleza de intenciones, más finura de sentimientos en la resolución del concejo de Verona? Vulgares son los que han criticado la adquisición, fundándose en que el dinero invertido no reporta beneficios materiales. Ese cartabón es de cartagineses; Verona tiene "gentil sangre latina".

Aumentemos la parte de la inteligencia o del corazón y amenguemos la omnipotencia de los sentidos torpes; recordemos que en toda larva sueña, acaso, una mariposa. La vida puede ser intensa y conservarse digno; encreparse de pasión, tempestuosamente, sin que el rutilar de la fuente sea opacado por el limo. La intención es todo; en la intención debemos poner el ideal, como en un tabernáculo. Por eso la vulgaridad no está en la conducta misma, sino en la intención chata que la acompaña. Ser vulgar es encanallarse, decía Nietzsche. Es renunciar al respeto propio, es fundirse en los moldes de la bajeza común.

La historia de Julieta y Romeo es la negación de la vulgaridad sentimental. El amor vulgar es otro:

« Tant que cette eau coulera doucement,
 l'eau du ruisseau qui borde la prairie,
 je t'aimerai » me repetait Sylvie.
 L'eau coule encore. Elle a changé pourtant!

Esa cuarteta resume el breviario del amor inconstante como la ola y como la nube, que observamos a cada paso en torno nuestro. El amor ideal es el de Julieta, solamente comparable con el de Romeo, "fuerte como la muerte".

Emancipar al amor de la vulgaridad es una obra de educación de los sentimientos, finamente intelectual, gentilísima. Todas las ciudades, como Verona, deberían tener su casa de amantes sublimes, para que peregrinasen a ella los jóvenes en edad de soñar y de amar. La historia de esos "amantes representativos", sería más benéfica para la educación de las jóvenes que las novelas de Safos y Afroditas, devoradas hoy por las esposas futuras.

Podría hacerse más. En las plazas públicas, en los parques tranquilos y solitarios donde las más hermosas flores emanan tenues perfumes, en las alamedas propicias para que paseen sus ilusiones los enamorados, podrían colocarse estatuas que perpetuasen el recuerdo y el culto de los amantes célebres. ¡Hay tantas, de tiranos que oprimieron mucho, de militares que mataron mucho, de jurisconsultos que enredaron mucho, de inútiles que estorbaron mucho! ¿Por qué la posteridad no debe honrar a los amantes que amaron mucho? ¿Amar es menos humano que oprimir, matar, enredar o estorbar?

Ha poco tiempo, en el taller de Rodín, en Bellevue, vimos un grupo de Romeo y Julieta, casi terminado. Ella está vestida escasamente, envuelta en esos velos de pesado mármol que el insigne modelador aligera con su genio. Romeo tiene asida su mano, la lleva sobre su boca entre las dos caras juntas, tan juntas que besa a un tiempo mismo los labios y los dedos. Están fundidas toda la emoción del primer beso que se da a la prometida y toda la satisfacción del primer beso que se recibe de la esposa. No es posible pedir a la glacial solemnidad del carrara nada más casto y más voluptuoso al mismo tiempo: el paroxismo sentimental y el abismo amoroso...

¿Cuál será la ciudad que cuente, entre sus millonarios, uno capaz de adquirir esta obra y de regalarla para que sirva de lección en la más hermosa de sus plazas?

Verona, 1905.

LA ENFERMEDAD DE AMAR

“**L**a víspera de su enlace con una hermosa doncella, un joven poeta se suicidó, descerrajándose un tiro sobre el corazón. En su lecho se encontró abierto un volumen de poesías de Leopardi, en la página que contiene los versos “a sí mismo”. En la habitación, libros de Nietzsche y de Schopenhauer. El suicidio se atribuye a una intensa neurastenia y a la influencia de la lectura de esos libros”. Esta noticia menuda, aparecida en los diarios entre el hurto de un portamonedas y un accidente de automóvil, es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio clínico de una enfermedad.

La vida se entreabría ante él como una invitación auroral. Había amado muchas veces, aunque siempre a medias; cien ensueños fugaces habíanse sucedido en su corazón, que era un vergel de frivolidades. Después le llegó su turno, como a todos.

Ella le sonrió una vez; fué en la hora indecisa del véspero, frente al valle que el Arno decora, bajo un cielo de sol y de fantasía. En Italia, país de las pasiones vehementes, el amor está en todas las cosas: en las playas tranquilas, en las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensarios, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿Podía no estar en su corazón?

El vió en la sonrisa un amanecer y en la primera palabra oyó una melopeya: desde ese minuto la amó locamente, como todo el que tiene intensa capacidad de amar. En los temperamentos apasionados cada “crisis de amor” es una verdadera enfermedad: atracción de

precipicio, violencia de alud, fragor de catarata. La primera sonrisa fué el prefacio de otras mil; después hubo caricias como aleteos de mariposa que hacen estremecer una corola, frases musicales como versos de Samain, suspiros suavísimos como favonios, promesas, ensueños, melancolías, toda la gama de inquietudes deliciosas que conoce quien ha sabido amar alguna vez.

Al aproximarse la hora nupcial estremeciase de felicidad su corazón. Llegó la víspera, jovial como una mañana de Mayo de Andalucía. ¿Qué pensamientos cruzaron su mente durante la noche trágica? En vez de la ventura amaneció la catástrofe horrible; inesperadamente, con gesto de drama clásico se suicidó, dejando como testamento la estrofa del poeta pesimista: "Nada hay que valga los latidos del corazón; la tierra no es digna de nuestros suspiros; la vida es tedio y amargor; el mundo es lodo".

La gacetilla hilvanará su comentario sobre la influencia que el poeta y los filósofos pudieron tener en este suicidio; los mentalistas dirán sus diagnósticos descarnados sobre el desequilibrio de los que huyen de la vida. Conviene, empero, ser discretos; cualquiera conoce más de cien hombres y dos mujeres que han leído a Leopardi y Schopenhauer, sin haber pensado jamás en el suicidio,

El poeta suicida ha muerto de un mal profundamente humano; tuvo miedo del mucho amor y falleció en una enfermiza crisis sentimental.

Amar es temer. Amor y timidez son estados de espíritu absolutamente inseparables. El amador teme a su amada como el albino teme a la luz; el amor ciego como el albinismo. La teme por sí mismo y por ella. Teme ser inferior al concepto que desearía suscitar, no responder al juicio en que se le tiene, romper el ensueño con una palabra importuna, con un atrevimiento imprevisor, con un gesto brusco. La pasión es niebla que empaña, tul que mitiga, resplandor que deslumbra; idealiza las cosas borrando sus contornos, las esfuma en penumbras de imaginación, las fragiliza en demasía. En la ebriedad emocional parece la persona amada el polen de una flor endeble que toda leve aura puede volcar para siempre; caja musical complicadísima cuyo engranaje traba un invisible átomo de polvo; tela-

raña sentimental que se quiebra al calor de toda llama: seda suave de Esmirna que una gota de rocío mancha por toda la eternidad.

Amar es sufrir agradablemente; es gozar de una ansiedad perenne, de un sobresalto siempre renovado: Es mirar al objeto amado y suponer que las miradas pueden ajarlo; tocar su mano temblorosamente, con la inquietud de que sus dedos puedan resquebrajarse entre los propios; oírlo hablar con el temor de que el esfuerzo de las palabras enmudezca sus labios.

El que ama llora a solas sin saber por qué: es un esclavo del propio miedo.

Hombres audaces con cien mujeres, se azoran cierto día frente a una. El fenómeno parece extraño. ¿Cómo? ¿El más osado, el más impertinente, el más afortunado, tiembla ante esa mujer? Es paradójal, pero lógico. El hombre que sabe engañar a mil casquivanas sin amarlas, es incapaz de conquistar a la única que ama. Cuando se atreve — si alguna vez lo ensaya — se limita a ofrecer su esclavitud incondicional. Es la historia eterna: Don Juan se arroja humildemente a las plantas de doña Inés anhelando la esclavitud de su amor. Huelga decir que cualquiera Manón hace lo mismo con su caballero Des Grieux.

En todo conquistador y en toda coqueta hay un germen de Don Juan o de Manón.

Ovidio y Petrarca sabían que el hombre en "crisis de amor" no se encuentra en estado normal. Stendhal lo repitió. Ahora lo enseñan los médicos del espíritu, desde Mauricio de Fleury hasta Gastón Danville.

El cerebro sano repudia las ilusiones: un cerebro enamorado sólo piensa a través de ellas. Toda ilusión es un proceso anormal, el producto de una perturbación que impide asociar debidamente las sensaciones o las ideas. Ver blanco lo negro y lo negro blanco, es propio de quien ama.

El espectro de la ilusión posee una gama compleja. Todo amor poetiza su objeto; poetizar significa revestir de gratas mentiras. Cualquier niña cree que su novio tiene talento, buen porte, virtudes a granel y porvenir risueño, magüer sea zote, cojo, vicioso y vagabundo. Y todo galán afirmará que su prometida posee el don divino de la gracia, ojos de ebonita o de záfiro.

perfil helénico y labios elocuentes, aunque sea insípida, de ojos desteñidos y tenga los labios pálidos por la anemia.

No es menester mucha psicología para adivinar que esos juicios son anormales y provienen de una lógica enfermiza; la aptitud para juzgar está reducida a cero o poco menos. No se exagera afirmando que los enamorados son enfermos del espíritu, mientras dura su crisis de amor.

Otras perturbaciones más graves pueden observarse en ellos, aproximando el amor a la locura: la obsesión y la idea fija, cuyas definiciones incompletas consignan los tratados de patología mental.

Ciertos enamorados tienen la idea fija de su amor. Las sensaciones recibidas por sus cerebros se asocian con otras que se refieren a la persona amada. Si ven un hermoso jardín, sueñan un idilio eglógico; si oyen un rumor de alas entre las ramas, suponen que los pájaros se aman y desearían aletear como ellos; si un manjar sabe a miel, creen tener entre los propios los otros labios y morderlos como ciruelas maduras; si tocan un terciopelo, recuerdan la mano cuyo contacto frisa sus nervios con inefable calofrío; todo perfume despierta una comparación con el que emana de la mujer amada. Si ven el mar de índigo o de ultramarino, reconstruyen un paseo romántico en barquilla, como en un verso de Musset; si un retazo de cielo, creen descubrir el parpadeo de sus ojos en la titilación de las más luminosas estrellas, como en una canción de Petrarca; si un bosque silencioso, suponen que en traje agreste de ninfa va a salir de entre las frondas, como en una evocación de Pierre Louys. Todo breve ruido semeja a un beso, toda apretura un abrazo, todo contacto una caricia.

El cerebro del amante apasionado es un piano en el cual todas las teclas golpean sobre una sola nota. Sus palabras rematan siempre en el mismo tema, su conversación es una interminable estrofa de versos monorrimos. Como a Dafne en la leyenda griega, Pan le ha enseñado a frasar sus soplos en una siringa de pasión, cuyas cañas suenan perpetuamente la historia de Psiquis y de Amor.

Junto con la idea fija se organiza la obsesión inclu-

dible y todopoderosa. El estudiante interrumpe sus estudios; la imagen de la amada le aparece en cada página del libro como una ilustración al agua fuerte; en cada línea lee el nombre del ser amado. En vano vuelve las páginas y salta las líneas: todas tienen la misma ilustración y dicen el mismo nombre. ¿Cambiar el libro? ¿Para qué?

¿Escribir? Inútil pensarlo. Tomar la pluma equivale a escribir una carta de amor, salpicada por lágrimas y entrecortada por suspiros. Una carta que generalmente no se manda, es cierto; pero una carta al fin, es decir, algo que traduce la fuerza irresistible, la idea obsesiva. ¿Trabajar? El que está encendido de pasión sólo conserva aptitudes para amar.

Hay excepciones. Así como ciertas enfermedades suelen beneficiar a los pacientes — la tuberculosis embellece a Margarita Gauthier, la histeria ilumina a Santa Teresa, la locura inspira a Hamlet, — el amor favorece a algunos enamorados. Este privilegio corresponde a los artistas, y es justo, por ser ellos los más sensibles a la plenitud de las pasiones. Nadie podría convencernos de que Wagner no amaba al escribir "Tristán e Isolda", Petrarca al rimar los sonetos a Laura, Canova al esculpir su Dafne y Cloe, Leonardo al pintar la Gioconda. La llama que consumió sus corazones nos ha dejado prodigiosas cenizas.

En los demás el amor es una catástrofe. Los hombres puntuales yerran sus citas y los inteligentes proceden como aturdidos; las niñas coquetas parecen tontas y las risueñas tórnanse mustias. Por una sola y eterna causa: la idea fija, la obsesión.

Se dice que no hay enfermedades sino enfermos. En el mismo sentido podría afirmarse que no hay una enfermedad de amar sino enfermos de amor. Cada sujeto se enamora de distinto modo, según sus idiosincrasias personales.

La timidez, las ilusiones, la obsesión, difieren en cada caso. Así como la pulmonía reviste caracteres distintos en un viejo y en un niño, en un atleta monstruoso y en una histérica sentimental, el amor presenta aspectos diversos en cada enamorado. En ello intervienen cien factores: la edad, el sexo, la profesión, la raza, la intelectualidad, el rango, el clima, el tempe-

ramento, la oportunidad; ninguna circunstancia carece de significación en el amor.

Además, en un mismo individuo, la enfermedad suele presentar muchas formas; los antecedentes amorosos de cada amante varían al aparecer una nueva crisis. Un éxito precedente no puede influir lo mismo que un fracaso; las condiciones morales de la persona amada tienen que modificar los caracteres de la pasión que ella inspira.

Por eso las variedades son infinitas. El uno ama sabiendo que es correspondido con vehemencia superior a todos los obstáculos; el otro se apaga lánguidamente y se suicida ante el amor imposible; éste mata en su crisis de celos; aquél paga con su vida el precio de un amor absoluto, o ve triunfante un rival, o siente serpentear en su alma la pasión culpable: son los héroes de Shakespeare y de Goethe, de Musset y de Goncourt. Iguales todos por la intensidad de su fiebre devastadora, todos distintos por el matiz de su llama. Un mismo fuego devora heterogéneos combustibles, como un único rayo de sol se descompone en la infinita policromía del iris.

El médico de almas observa serenamente la gama compleja de estos casos, con simpatía y con piedad; mientras el amor acrisola sus pasiones y alienta sus más secretas esperanzas, parecen los tristes penitentes de un purgatorio dantesco. Y en su lenguaje complicado los clasifica: para él sólo son diversas formas clínicas de una misma enfermedad.

La "crisis de amor" cura a menudo; rara vez se vuelve incurable. Hay amores agudos y amores crónicos, lo mismo que nefritis o delirios.

Cura por tedio o por hartazgo, gradualmente; o bien cura por celos o por dignidad, repentinamente.

El matrimonio puede ser su antídoto más eficaz; si los químicos pudieran analizarlo encontrarían en él todos los elementos constitutivos de esa tranquila serenidad en que pueden mezclarse el tedio y el hartazgo. Armando Charpentier, en un libro lleno de observaciones perspicaces, demostró que la crisis de amor sólo llega a sobrevivir un par de años en el matrimonio; se refería, naturalmente, a los casos más favorables. Este juicio no implica una opinión contraria al matrimonio;

¿medio siglo de amistad completa, de íntima compenetración espiritual, de anhelos y luchas comunes, de verse resurgir en la propia prole, no vale más que una pasajera fulguración de amor?

Por desgracia, no siempre sobreviene la amistad completa con tanta prisa como el amor se va. Entonces la enfermedad cura desagradablemente y deja una cicatriz afrentosa como un estigma, la desarmonía, la infelicidad irremediable. Es decir, ordinariamente irremediable; pues tales cicatrices pueden extirparse mediante la cirugía del amor, que es la culpa, el engaño recíproco. Pero entonces aparece un peligro de otra clase, la recidiva; pocos infelices escapan a ella. Sólo es difícil la primera culpa.

Otros enfermos curan por crisis: son infinitos. Pueblan el drama y la tragedia, siempre iguales y siempre diferentes.

Esta enfermedad se hace crónica pocas veces, lo mismo que los demás padecimientos humanos. Cualquier hombre sufre en su vida cien dolencias corporales y diez afecciones peligrosas para su vida; sólo una o dos se vuelven crónicas y le acompañan hasta la muerte. Con el amor esa regla se repite; cien accesos pasan como nubes en un cielo estival, uno o dos se arraigan en el espíritu y lo embargan por toda la existencia. En un año hay cien días de viento y sólo uno de ciclón.

El trágico fin del amoroso poeta puede mirarse como un caso de suicidio por enfermedad incurable. Muchos enfermos se suicidan para escapar a la torturante pesadilla de sus males crónicos; ¿cómo nos extrañará que se suiciden algunos enamorados que los sufren peores?

El desgraciado joven comprendió la gravedad de su inconmensurable amor; acaso no tuvo fuerzas para seguir amando a su prometida, vaciló frente al peligro, ~~temió~~ amar por mucho tiempo todavía, en este continuo padecer del que vive atormentado por un idea obsesiva: resolvió ceder él, ya que no cedía la enfermedad. Pocas horas antes de casarse puso punto final a la angustia, buscando en el pesimismo filosófico una justificación para su alma enferma.

Su caso es más sencillo que cualquier filosofía; es un ejemplo de amor verdadero, "como debiera ser" si

los hombres supieran mirarse por dentro. Si no se suicidan miles de enamorados es porque los enfermos del espíritu no saben comprender la gravedad de su propio mal; los alienistas dicen que la locura es un infortunio que se ignora...

Y porque los casos de amor crónico son bastante raros.

Florescia, 1905.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras



DIRECTORES: ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CUADERNOS PUBLICADOS:

PRIMER AÑO

- | | |
|-------------------------|------------------------------------------|
| *1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| *2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| *3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| *4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| *5. LAO - TSÉ: | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| *6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| *7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| *8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| *9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| *10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes, del Zoólogo |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

LOS NÚMEROS MARCADOS CON UN
ASTERISCO HÁLLANSE AGOTADOS .

SEGUNDO AÑO

- | | |
|----------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canciones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cantos Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La intimidad sentimental |

Cuaderno de próxima publicación:

CUENTOS DE FRAY MOCHO

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 5.00 m/n.

Número suelto \$ 0.25 centavos

" atrasado " 0.40 "

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178** — BS. AIRES

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA A

LEOPOLDO DURÁN